

¡POR SAN NARCISO Y LA VIRGEN DEL PILAR! SITIOS Y GUERRA DE RELIGIÓN EN GIRONA Y ZARAGOZA (1808-09)¹

GENÍS BARNOSELL

Universitat de Girona

LA GUERRA DE SITIOS

A pesar del descrédito en que a lo largo del siglo XVIII habían caído las fortificaciones como herramienta útil para la guerra y a pesar de que suele ponerse énfasis en la guerra napoleónica como una guerra de movimientos, la guerra de sitios fue fundamental en el largo período bélico de 1792 – 1814. No siempre las ciudades o fortalezas podían ser sorteadas o dejadas atrás en rápidas campañas, y en muchos casos sirvieron de eficaces puntos defensivos, retrasando el avance del enemigo y obligándole a distraer tropas para ser sitiadas. Las defensas efectivas o cuanto menos valerosas sirvieron de eficaz estímulo para mantener la moral de combate. Y el mismo Napoleón observó la máxima presente en los textos de l'École polytechnique que afirmaban que las fortalezas eran esenciales en la guerra defensiva².

La ciudadela ideal -diseñada a partir del modelo de Vauban, con las añadiduras de Federico de Prusia, Montalambert y Carnot- ofrecía sin duda un obstáculo formidable, aunque el sistema desarrollado por el mismo Vauban para expugnarlas -a partir de una férrea línea de circunvalación y una aproximación progresiva con tres paralelas y trincheras de avance en forma de zig zag- había casi convencido a los ingenieros que mantener una fortaleza por

¹ Este trabajo forma parte del proyecto HAR20008-04833 financiado por el MICINN.

² Gunther E. Rothenberg, *The Art of Warfare in the Age of Napoleon*, Kent: Spellmount Limited, 1997 [1978], p. 212-213.

mucho tiempo ante un sitio en toda regla era una misión imposible³. Ciertamente, algunas de las ciudades o ciudadelas que opusieron tenaz resistencia no respondían al modelo ideal, pero las condiciones en que se desarrollaban realmente muchos sitios tampoco respondían a la “aproximación regular” que describían los manuales. Una orografía complicada, un suelo demasiado duro para excavar trincheras, tropas insuficientes, artillería de campaña ligera y escasez de la de sitio, eran factores que llevaban frecuentemente a los mandos militares a realizar sitios mucho más improvisados. Especialmente, el gran número de tropas que debían distraerse para realizar un sitio en toda regla y el tiempo que llevaba éste -alrededor de un mes, como término medio- eran un argumento muy potente para intentar un asalto por sorpresa con el que, a pesar de las muchas bajas que se producían, podía conquistarse el objetivo en un día de lucha. Longwy -tomada por el duque de Brunswick en 1792 a pesar de las fortificaciones de Vauban- o Maguncia -tomada también en 1792 por las tropas revolucionarias francesas- son buenos ejemplos de cómo una ciudad podía ser tomada al asalto, hecho que podía darse incluso si los sitiadores no tenían una abrumadora superioridad -como en los casos de Szczecin o Küstrin en 1806⁴.

Lo dicho hasta aquí es válido para la Península Ibérica en 1808 – 1814. A pesar de que ninguna de las ciudades o fortalezas que fue sitiada ofrecía ni por asomo la capacidad defensiva de una ciudadela ideal, fueron muchos los sitios que se produjeron, tanto por parte del ejército imperial francés como por parte de las tropas españolas y portuguesas y sus aliados ingleses. Retomamos en ellos las características generales que se han podido indicar para el conjunto de Europa. En primer lugar, llega a sorprender la insistencia en lanzar un primer ataque bastante improvisado -un “coup de vive force” como dicen las fuentes francesas- antes de plantear un sitio en toda regla, a pesar de los pocos resultados que daba esta táctica. Ciertamente, algunos peque-

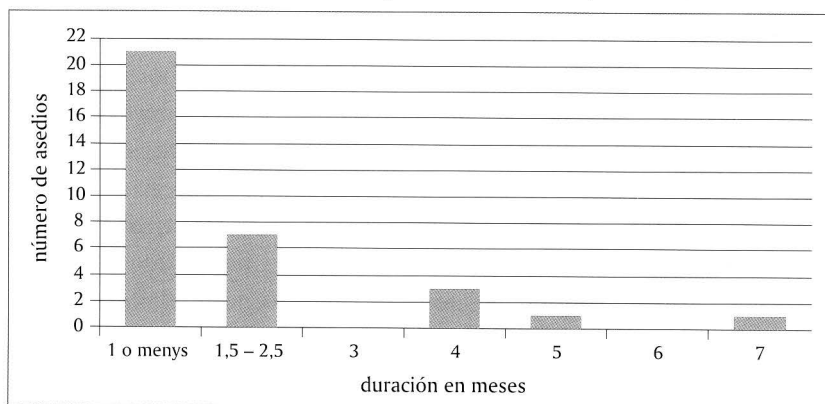
³ Christopher Duffy, *The Fortress in the Age of Vauban and Frederick the Great, 1660-1789*, London: Routledge / Kegan Paul, 1985.

⁴ G. E. Rothenberg, *The Art of Warfare...*, pp. 254-255; abundantes relatos de sitios de las guerras de la revolución y napoleónicas en toda Europa en Paul Gayant, *Tableau des guerres de la Révolution de 1792 a 1815*, Paris: Paulin, 1838 y en C. H. Gifford, *History of the wars occasioned by the French Revolution*, London: W.Lewis, 1817, 2 vols.

ños fuertes fueron sometidos así -como el fuerte de San Felipe en Balaguer, tomado el 8/1/1811- pero no parece haber más de un solo ejemplo de ciudad importante tomada con un asalto de este tipo: Oporto, que aunque contaba, al parecer, con 60.000 defensores entre tropas de línea y milicias, fue tomada al asalto el 29/3/1809⁵.

En segundo lugar, la mayoría de sitios tienen una duración parecida a la mayoría de sitios del resto de Europa. Según datos procedentes sobre todo de la obra de Jacques Belmas, catorce duran menos de un mes; otros 7, un mes o poco más; otro, un mes y medio, y cinco alcanzan los dos meses, y otro los dos y medio. Son pocos, en cambio, los que sobrepasan esta cifra: tres alcanzan los cuatro meses; otro, casi los cinco, el sitio de Girona de 1809 llega a los siete, y el bloqueo de Cádiz (no representado) se prolongó por espacio de dos años y medio -aunque este caso las tropas francesas tal vez nunca llegaron a tener esperanzas reales de conquistar la ciudad, a causa de la larga distancia a que estaban estacionadas y de la capacidad de aprovisionamiento por mar que tenían las tropas anglo-españolas⁶.

Duración de los asedios, Península Ibérica, 1807 -1814



⁵ William Francis Patrick Napier, *History of the War in the Peninsula and in the south of France from the year 1807 to the year 1814*, Oxford: David Christy, 1836, vol.1 (books 1 to 16); William Francis Patrick Napier, *History of the War in the Peninsula and in the south of France from the year 1807 to the year 1814*, London, Thomas & William Boone, 1836, vol.V (books 17 to 20); J. Belmas, *Journaux des sièges faits ou soutenus par les français dans la Péninsule, de 1807 à 1814*, Paris, Firmin Didot Frères et C., 1836-1837, 4 vols.

⁶ J. Belmas, *Journaux des sièges...*

Es muy significativo, por otra parte, que la duración del sitio no tenga relación con el ejército que se defiende: mientras que el sitio más largo corresponde a una defensa española; dos de los tres sitios de cuatro meses corresponden a defensas del ejército imperial francés. En definitiva, los ideales que podían influir en la tenacidad o en la determinación de defenderse podían ser bien distintos⁷.

No cabe duda, en cambio, que atrincherarse detrás de unos muros era una estrategia claramente defensiva. Quien llevaba la iniciativa buscaba un combate en campo abierto para infligir una derrota decisiva o casi sobre el enemigo. En cambio el atrincheramiento en una ciudad o fortaleza -o en unas defensas construidas expresamente- corresponden inevitablemente a una fase defensiva, como las que protagonizaron los franceses en Extremadura en la primavera de 1811 y a inicios de 1812, y en los frentes del Norte y de Catalunya a finales de la guerra⁸.

GERONA Y ZARAGOZA

Una comparación entre los sitios de Girona y Zaragoza puede resultar instructiva no sólo porque es conocida la voluntad de Álvarez de Castro de emular a Palafox sino porque ambas ciudades reúnen características que los alejan de un sitio "normal". En Girona, su gran duración. En Zaragoza, la defensa de la ciudad casa por casa, que constituía un tipo de guerra francamente exótico en la época. Veamos un breve resumen de los sitios de cada ciudad para preguntarnos después sobre los porqués de las características especiales de cada ciudad.

En Girona, la historiografía tradicional siempre ha hablado de tres sitios⁹. El supuesto primer sitio de Girona, sin embargo, no es tal sino solamen-

⁷ La valoración de una larga defensa como heroísmo o fanatismo depende solamente de la perspectiva del comentador. Véase una valoración positiva francesa de la larguísima defensa que el ejército napoleónico hizo en Dantzing: *Documents militaires du lieutenant général de Campredon. Défense de Dantzing en 1813*, anotés et publiés par Charles Auriol, Paris: E.Pon, Nourriet et C., 1888.

⁸ J. Belmas, *Journaux des sièges...*

⁹ La versión tradicional más acabada es probablemente la de Emilio Grahit, *Reseña histórica de los sitios de Gerona en 1808 y 1809*, Girona: Paciano Torres, 1894. Se han usado, sobre todo, las crónicas militares de los hechos: Guillermo Minali, *Historia militar de Gerona, que comprende particularmente los dos sitios de 1808 y 1809*, Girona: A.Figaró, 1840; J. Belmas, *Journaux des sièges...*

te uno de estos intentos de asalto improvisados de que hemos hablado -un "coup de vive force". Realizado el 20 de junio de 1808 por las tropas escasas y mal preparadas de la División de Observación de los Pirineos Orientales fue un fracaso, y el 21 el ejército imperial francés abandonó los alrededores de la ciudad. El primer sitio se produjo, pues, en el segundo intento de ocupar la ciudad, entre el 12/7 y el 17/8/1808, por parte de unos 9.000 u 11.000 hombres. Como muchos otros sitios del período, tuvo que ser levantado a causa del éxito de un ataque combinado de tropas de la propia ciudad, somatenes comandados por Clarós y Milans del Bosch y las tropas de refuerzo del Conde de Caldagués.

El segundo sitio fue el que consiguió tomar la ciudad. Girona contaba con murallas medievales reforzadas por baluartes y un conjunto de fuertes de la época moderna, construidos en la segunda mitad del siglo XVII e inicios del XVIII, situados la mayoría en el E y SE de la ciudad, además del fuerte de Montjuïc, situado al N, y que constituía una verdadera ciudadela. La ciudad contaba también con una compleja orografía, con el Ter y su amenaza de desborde en la zona este; Montjuïc construido sobre una montaña de piedra en la que era difícil excavar trincheras; y con el Galligants que, con poca agua pero con un fuerte desnivel, protegía la zona norte.

El sitio gerundense de 1809



El ejército imperial francés llegó a las inmediaciones de Girona el 5/5/1809, comandado por Saint-Cyr y estando Verdier al frente del ejército de sitio. Sus 35.000 hombres tardaron un mes en bloquear la ciudad y no comenzaron los trabajos propiamente de sitio, con la excavación de las primeras trincheras, hasta el 6 de junio -sería en este momento, pues, en el que, según la forma de contar de la época, comenzaría realmente el sitio. El ataque principal se realizaría por la ciudadela de Montjuïc, al norte de la ciudad. Un mes después de iniciado el sitio, Verdier estaba en disposición de asaltar Montjuïc, pero este asalto, producido en la noche del 7 al 8/7 fracasó y el fuerte no pudo tomarse hasta un mes después, una vez fue abandonado por la guarnición (10/8). En el mes siguiente, Girona fue aprovisionada e incluso, entre el 31/8 y el 2/9 los franceses temieron un ataque general contra un sitio que creían muy debilitado y que no llegó a producirse. El 19/9 se produjo, en cambio, el asalto general contra la ciudad, a través del Galligants, cosechando de nuevo el fracaso. Este hecho paralizó el sitio al menos durante un mes, pero, por otra parte, la limpieza de insurgentes de los alrededores de la ciudad, llevada a cabo metódicamente por Saint-Cyr, daba ya sus frutos y la ciudad no pudo volver a ser aprovisionada, quedando librada a sus propias fuerzas. El nuevo comandante del sitio, el mariscal Augereau, cambió de estrategia y se propuso estrangular más y más la ciudad, conquistando progresivamente todas sus defensas exteriores. Como consecuencia de ambos hechos, a lo largo del mes de octubre y noviembre la defensa se hundió y la ciudad capituló el 10 de diciembre, una vez que Álvarez de Castro hubo resignado el mando. Así pues, el sitio de Girona se caracteriza por su larga duración -seis meses desde la apertura de trincheras; siete desde la aparición de los sitiadores-, pero no por sus métodos de combate, que son los tradicionales: el bombardeo de la ciudad y de sus defensas, una aproximación relativamente regular muy condicionada por las características del terreno, y la lucha en las murallas cuando se producía un asalto.

El caso de Zaragoza es bastante distinto¹⁰. La ciudad no contaba con defensas modernas y sí sólo con un recinto amurallado bastante débil, refor-

¹⁰ Se han tomado como fuentes principales Agustín Alcaide, *Historia de los dos sitios que pusieron a Zaragoza en los años de 1808 y 1809 las tropas de Napoleón*, Zaragoza: Diputación General de Aragón, 1988, 4 vols. (edición facsímil de las ediciones de Madrid: Imprenta de D.M. De Burgos -vols. I a III- y Zaragoza: Imprenta Real, 1834 -vol. IV); J.Belmas, *Journaux des sièges...*

zado con diversos edificios que podían reforzarla, especialmente conventos. Estas defensas fueron reforzadas con los procedimientos habituales y fueron suficientes para detener a los invasores en el primer sitio de la ciudad, que se produjo entre el 15 de junio de 1808 y el 14 de agosto del mismo año.

La toma de la ciudad se produjo al segundo intento, entre diciembre de 1808 y febrero de 1809, en el que un ejército de 40.000 hombres sitiaron a las fuerzas de Palafox, que consistían en unos 31.000 hombres de tropas de línea de diferentes cuerpos y cerca de 30.000 civiles armados, procedentes de la propia ciudad y de sus alrededores. El ataque puede dividirse en tres períodos muy claros. En el primero, entre el 21 al 28/12/1808, se produjeron los primeros ataques y los trabajos preliminares de sitio, resultando la toma por parte del ejército imperial francés de la posición del Monte Terrero, al sur de la ciudad. Entre el 29/12 y el 27/1 se produjo la segunda fase, que consistió en una aproximación regular a la ciudad en el centro y derecha de la ribera derecha del Ebro, al tiempo que se producía la “limpieza” del hinterland, y que culminó con el asalto a la ciudad. En esta etapa, los sitiadores avanzaron con el sistema clásico de paralelas y zig zags, bombardeando la ciudad, al tiempo que los sitiados respondían también con los mecanismos clásicos de defensa: salidas para destruir las obras de sitio, bombardeo, construcción de una línea de contre-approche y de zanjas delante de la ciudad. El 11 y el 18/1/1809 se tomaron las defensas exteriores (convento de San José y del reducto del Pilar), y el 27/1 se produjo el asalto general, en el que los sitiadores cruzaron el Huerva y establecieron cabezas de puente en el interior del recinto. Hasta aquí, nada nuevo, ni en cuanto a duración del sitio ni en formas de combate.

Lo que caracterizó al segundo sitio de Zaragoza fue la tercera fase, entre 28/1/1809 y el 20/2/1809, que culminó con la toma de la ciudad. En esta fase se produjo una durísima lucha casa por casa, en la que los sitiadores tuvieron que avanzar palmo a palmo usando minas para volar los edificios defendidos, abrir boquetes en sus paredes o túneles en su subsuelo para asaltarlos, tomarlos casi habitación por habitación, para fortificarlos de inmediato, abrir líneas de comunicación con su retaguardia y usarlos como bases para continuar avanzando. Al mismo tiempo, se usaban lo que hoy llamaríamos francotiradores para hostigar al enemigo, se continuaba con el bombardeo de la ciudad, se habrían nuevas brechas en sus muros exteriores para ampliar

el frente de ataque y, a finales de febrero, se tomaba el arrabal del norte de la ciudad con el método clásico para estrangular el perímetro defensivo de la ciudad. Ante estos métodos, improvisados por los ingenieros franceses ante la sorprendente defensa con que se encontraban, los sitiados respondían con el bombardeo e incendio de la parte caída de la ciudad, la fortificación de casas y calles, y el uso de contraminas y “francotiradores”. Fue, en palabras de uno de los primeros cronistas ochocentistas del sitio, Agustín Alcaide Ibieca, “un nuevo modo de tomar las plazas”.

El segundo sitio de Zaragoza¹¹



¹¹ *Atlas de la Guerra de la Independencia*, complemento de José Gómez de Arteche, *Guerra de la Independencia...*

El punto en común entre el segundo sitio de Zaragoza y el segundo sitio de Girona fue la tenaz resistencia ofrecida por los defensores, que de un modo u otro llegaron mucho más allá de lo que en principio podía esperarse. Para explicar este hecho debe recurrirse sin duda a explicaciones complejas que tengan en cuenta diversas razones. Para el caso de Girona, yo mismo he esquematizado una posible respuesta que consiste en tener en cuenta un conjunto de elementos como los siguientes. Si bien es cierto que las murallas medievales de Girona eran claramente anticuadas, la geografía del lugar implicaba que el ataque sólo fuera posible por la zona del Mercadal o por Montjuïc. La amenaza de riadas -cómo efectivamente ocurrió- y el fácil acceso desde el camino de Barcelona desaconsejaron a los franceses el montar su artillería en la zona comprendida entre Fornells y el Ter, de manera que sólo les restó la posibilidad de atacar por Montjuïc. Eso situaba el grueso de sus almacenes sobre su línea de comunicación con Francia, y el Ter servía de línea de defensa contra el envío de refuerzos desde el Sur, pero implicaba también atacar por la zona con defensas más modernas y en un terreno donde era muy complicado el excavar las trincheras. Las tropas desplegadas por el Imperio francés, además, no eran, ni de lejos, las mejores del mundo. Tenían porcentajes muy elevados de reclutas poco fogueados, y, por lo tanto, con escasa capacidad de combate. Eran más multinacionales que otros cuerpos de ejército, y, por lo tanto, con dificultades de coordinación. Y la rivalidad entre sus mandos llevaron a la ofensiva prácticamente al fracaso en diversas ocasiones. A partir de agosto de 1809, habían sufrido tantas bajas y estaban tanto afectadas por las enfermedades que su capacidad de combate se redujo al mínimo -de manera que la situación se estabilizó en una especie de empate, en el que los defensores de la ciudad no tenían capacidad de romper el sitio, mientras que los atacantes tampoco podían arriesgarse a un nuevo asalto.

Los efectivos que defendían Gerona, por otra parte, eran bastante reducidos (en torno a 8.000 hombres en los momentos con más efectivos, por 38.000 soldados asediados), muchos con poca experiencia de combate. Hubo, sin embargo, dos factores que jugaron a favor suyo. En primer lugar, los ejércitos atacantes tenían que ser siempre mucho mayores que los asediados (de tres a siete veces mayores), porque, como ya he dicho, en los asaltos en las ciudades se producía un gran número de bajas. En segundo lugar, entre las tropas que defendieron Gerona había un núcleo de tropas

profesionales que fue suficiente para organizar la defensa, instruir a los novatos y enfrentarse, en los momentos decisivos, a aquellas unidades imperiales mejor preparadas. Esto no implica que contaran con el apoyo unánime de la población. Más bien, aparte de los convencidos (que también hubo, y no pocos), la “unanimidad” en la ciudad fue mantenida con mecanismos muy clásicos de disciplina militar -como aplicar la pena de muerte a cualquier desertor o “sedicioso”, incluidos aquéllos que simplemente manifestaban la voluntad de rendirse.

Finalmente, la historiografía tradicional suponía que los gerundenses “eran” -sin dudas ni vacilaciones de ningún tipo- valerosos y heroicos y que por eso resistieron todo tipo de penalidades en defensa de la ciudad. Los estudios de la segunda mitad del siglo XX, sin embargo, han demostrado que la “capacidad” o la “determinación” de combatir dependen de un conjunto de circunstancias (como la selección previa de los soldados o la cohesión del grupo y la comunicación entre sus miembros) que en el caso de Gerona están aún por estudiar.

En definitiva, para explicar porque Gerona resistió tanto, lo mejor que podemos decir a estas alturas es que la ciudad no era tanto indefendible como se ha dicho y que la “determinación” de luchar se fundamentó en una combinación de elementos diversos, entre los cuales fueron fundamentales la existencia de una base social dispuesta a hacerlo, un núcleo de tropas profesionales y una disciplina estricta que eliminó cualquier intento de disidencia. Las evidentes carencias del ejército francés hicieron el resto¹².

No es difícil identificar en Zaragoza algunos de estos elementos. Por ejemplo la intensa actividad llevada a cabo para reforzar las defensas de la ciudad, la durísima disciplina, basada en la amenaza de la pena de muerte, y los grandes esfuerzos en encuadrar a un amplio conjunto de la población en unidades militarizadas que fueran útiles para el combate, en contraste con la “indisciplina” de la que hay reiteradas quejas en las crónicas.

Sin embargo, lo que ahora interesa es establecer la lógica de la resistencia desde el punto de vista del tipo de razonamiento con que operaban los defensores. Una explicación de este tipo debe ir más allá tanto del concepto

¹² Genís Barnosell, “Història i mite dels setges de Girona, 1808-2008”, VVAA, *Girona i la Guerra del Francès (1808-1814)* Girona: Ajuntament de Girona, 2008, pp.145-163.

de “fanatismo” con que las crónicas francesas de la época y algunos autores contemporáneos han calificado estas defensas encarnizadas, como de vagas referencias al patriotismo y la religión. Efectivamente, el concepto de “fanatismo” no revela más que una valoración moral de unas actitudes que resultan ajenas o antipáticas a quien hace la valoración pero que nada nos indican sobre el contenido real de las actitudes que se pretenden analizar. Son bien significativos, por ejemplo, los adjetivos bien distintos con los que las crónicas francesas cualifican las largas resistencias de algunas ciudades según quienes sean los defensores.

En el caso de Girona, la lógica de la defensa de la ciudad es durante buena parte del sitio, una lógica militar basada en las Ordenanzas de Carlos III, que obligaban a todo oficial que mandase una plaza fuerte a defenderla “quanto lo permitan sus fuerzas, à correspondencia de las de los Enemigos que le atacären”. Puede afirmarse que probablemente hasta octubre Álvarez de Castro y su oficialidad estaban de acuerdo en que era posible defender la ciudad, puesto que les quedaban hombres y municiones y no habían perdido la esperanza de ser socorridos desde el exterior -que era el mecanismo clásico que permitía levantar un sitio y era el que había permitido levantar el primer sitio de Girona. Hasta ese momento, para mantener la disciplina en el interior de la ciudad se habían extendido al conjunto de la población, especialmente la disposición que penaba con la pena de muerte a cualquiera que discutiera o entorpeciera cualquier medida destinada a la defensa de la ciudad.

Sin embargo, el consenso sobre las posibilidades de continuar defendiendo la ciudad se rompieron en noviembre de 1809 -o, al menos, es en este momento que podemos comprobar esta fractura. Efectivamente, la oficialidad de la plaza llegó a la conclusión de que “había cumplido con su deber” y de que ya nada más podía hacerse. De ahí que la plaza capitulara inmediatamente después de que Álvarez de Castro resignara el mando. Y es que al menos en el último mes y medio de asedio, la lógica militar aparece sobrepasada por una lógica religiosa en la que la defensa de una causa no se encuentra mediatizada por ningún concepto de deber u honor, sino que exige el sacrificio absoluto de vidas y haciendas. De ahí que el religioso Manuel Cúndaro, que fue combatiente y el primer cronista de los sitios pudiera afirmar que si los gerundenses hubieran resistido aún más “hubieran entonces acreditado más su heroísmo pereciendo en el glorioso lecho del honor como

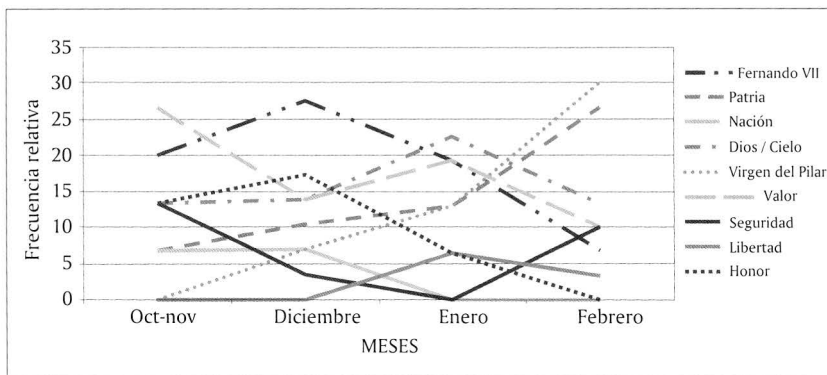
los numantinos, y habrían hallado una muerte más gloriosas que sus anteriores triunfos. Así lo afirma San Ambrosio del insigne Macabeo Jonatás, quien con solos 800 combatientes atacó a 20.000 del ejército de Demetrio y arrolló su ala derecha, pero pereció gloriosamente con los suyos en el combate envueltos por la de la izquierda (...) Gerona reducida entonces tal vez como Numancia a un montón de ruinas y cenizas, no por la extrema desesperación de sus defensores, como la que fue terror de Roma, sino por el furor ciego de sus sitiadores, hubiera revivido como el Fénix de sus mismas cenizas, e inmortalizado mucho más la gloria de su nombre con admiración y asombro de las edades futuras. Su más glorioso triunfo hubiera sido que en los venideros siglos se leyese en un padrón levantado al intento: 'Aquí estuvo en otro tiempo edificada la heroica y para siempre memorable Gerona reducida a cenizas en 1809 por no haber querido sujetarse al tirano yugo de Napoleón Bonaparte usurpador inicuo del trono de su Monarca y por su heroica constancia en defender su Religión, su Rey y su independencia'". Las referencias al mito bíblico de los macabeos nos sitúa en la lógica de la resistencia: la lucha entre el bien y el mal. La defensa de la religión, presente a lo largo de todo el sitio y bien visible en la Cruzada gerundense o en la elevación de San Narciso a generalísimo de la ciudad poco después del primer sitio, llegaba así a su clímax y devenía la lógica fundamental de la resistencia¹³.

Un análisis del vocabulario de los bandos de Palafox¹⁴ en Zaragoza entre octubre de 1808 (es decir, poco después del fracaso francés en el primer sitio) y febrero de 1809 (con la capitulación de la ciudad) es una aproximación interesante a los valores de los defensores de la otra ciudad, o, al menos, a los valores que el máximo responsable de la lucha cree de interés el exaltarlos. Para este análisis se ha destacado, por un lado, los ámbitos territoriales en los que se sitúan los defensores -España, Aragón, Zaragoza-, y, por otro lado, el conjunto de valores e ideales exaltados -entre éstos, a los tradicionales de Fernando VII, Patria y Religión, se han añadido otros menos estudiados pero que parecen ser importantes al menos en algunos momentos de la lucha. Clasificados estos valores por meses, revelan una evolución muy significativa.

¹³ Genís Barnosell, "Álvarez de Castro y el sitio de Girona de 1809: deber militar e imperativo religioso en la defensa de la ciudad", *Catálogo de la Exposición Álvarez de Castro y su época*, Figueres, en prensa.

¹⁴ Muestra contenida en Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios...*

Ideales o conceptos por los que se lucha – Zaragoza (2º sitio)

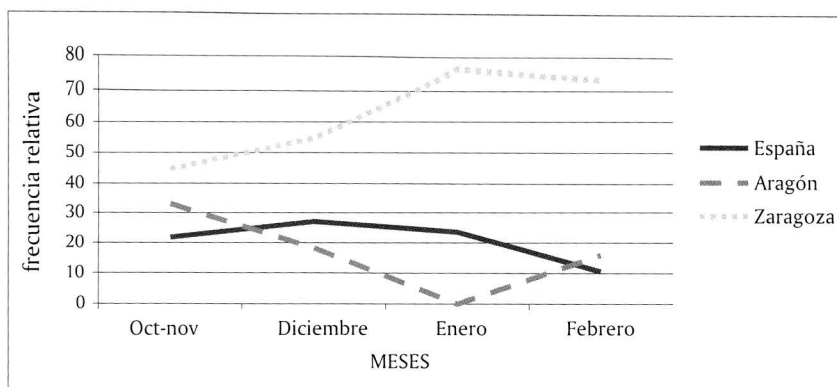


Efectivamente, tomados en su importancia relativa, destaca el lugar muy secundario de conceptos tales como nación y libertad, que probablemente muestran lo lejanos que se encontraban los defensores zaragozanos de los ideales liberales y de los conceptos modernos de nación. También la evolución sin aparente explicación sencilla de los conceptos asociados a la propia seguridad de los bienes y personas de los defensores. La evolución de los otros conceptos es muy significativa: el descenso del concepto aristocrático de honor y también la tendencia claramente descendente en el último tramo de la defensa de los conceptos relacionados con la valentía (especialmente valor y bizarría) -unos conceptos utilizados a lo largo de los sitios para definir una característica de la personalidad de los defensores a la que se debe ser fiel. Finalmente, el descenso dramático de las referencias a Fernando VII por, en cambio, en primer lugar el ascenso del concepto de patria -un concepto tradicional, de fuerte raigambre histórica y muy ambiguo, puesto que podía referirse a ámbitos territoriales muy distintos. En último término, lo que más destaca es el ascenso imparable de las referencias religiosas, que llegan a suponer casi el 45% del total. Este ascenso tiene dos lecturas.

Una, en la que no profundizaremos pero que sin duda es importante, es el ascenso de las referencias locales. Efectivamente, si analizamos la evolución de las citas a España, Aragón y Zaragoza, observamos la preponderancia absoluta y creciente de las referencias a la ciudad y el descenso de las referencias a España, hasta quedar incluso por debajo a las referencias a Aragón, que no habían dejado de descender de Octubre a enero -tal vez en

consonancia con la creciente reducción de la ciudad a sus propias fuerzas. Al mismo tiempo, en el seno de las referencias religiosas, se produce el ascenso de las referencias a la Virgen del Pilar, que, sumado a la creciente importancia del vocablo patria, conducen al citado incremento de las referencias localistas. En definitiva, a medida que la ciudad se ve reducida a sus propias fuerzas, las referencias más locales crecen en su importancia, lo que no debe ser entendido solamente como una solución pragmática sino también como una llamada a los valores, realizaciones y orgullo locales.

Referencias territoriales en Zaragoza (2º sitio)



Sin embargo, la creciente importancia de las referencias religiosas también debe ser considerada en lo que significa por ella misma. La religión fue un elemento fundamental a lo largo de todo el sitio. Los religiosos colaboraron decididamente en la defensa de la ciudad comandando algunas de las tropas de combate, asesorando a Palafox como consejeros, y a finales del sitio colaborando en el control del comportamiento de la población. Al mismo tiempo, la defensa de la religión aparece innumerables veces como uno de los principales argumentos de la defensa. Sin embargo, el ascenso de las referencias religiosas podría estar indicando algo más: que, como sucediera en el caso de Girona, la defensa a ultranza de la ciudad se producía en el contexto y a causa de la substitución progresiva del código de honor militar por un código religioso en el que ya no se trataba solamente o sobre todo de servir a un rey o de cumplir con el deber, sino que se trataba sobre todo de la lucha entre el bien y el mal. La referencia en uno de los propios bandos de Palafox,

de 1º de febrero, de la reforma de las costumbres como requisito para vencer -un argumento que se encuentra al menos en otro folleto religioso, barcelonés, que concibe la guerra como una expiación por los pecados cometidos- o la rápida rendición de la ciudad una vez Palafox resignara el mando, podrían ser otros indicios de que, como ocurriera en Girona, la lógica militar estaba siendo reemplazada por una lógica religiosa, aún a costa de quebrarse el consenso de la oficialidad que defendía la plaza.

En definitiva, las defensas agónicas de Girona y Zaragoza son un indicio de un elemento insuficientemente estudiado de las guerras napoleónicas en la Península Ibérica. No se trata solamente de la importante presencia de la religión -algo que ya subrayara Jean-René Aymes hace tiempo- sino de hasta qué punto la lógica religiosa pudo convertirse en la lógica dominante de la resistencia, hasta el punto de eclipsar o subordinar la importancia de la patria, del rey y, por descontado, de la nación. Desde esta perspectiva, la Revolución Francesa, primero, y la invasión napoleónica después, habría sido comprendida ante todo formando parte de los signos del ataque satánico contra la Iglesia, la llegada del Anticristo y el inicio de la confrontación final entre el Bien y el Mal. El milenarismo, una tradición bien enraizada en la historia de la iglesia, se convertía, así, en la principal metanarrativa para comprender la realidad.